

Palabras del Dr. Jorge Puccinelli

El Instituto de Literatura en su programa de actividades públicas del presente año se ha impuesto la tarea de rendir homenaje a José María Eguren y a César Vallejo, las dos figuras señeras del poesía peruana contemporánea, cuya huella e influencia percibimos todavía en nuestras letras. Con la actuación de hoy damos término al ciclo dedicado al poeta de "Simbólicas", en el cual han intervenido, esclareciendo diversos aspectos de la personalidad y de la obra de Eguren, el Decano de la Facultad, Dr. Aurelio Miró Quesada S., el Director del Instituto de Literatura, Dr. José Jiménez Borja y el Catedrático de Teoría Literaria, Dr. Estuardo Núñez. La Facultad ha querido que al aporte del análisis crítico y exegético se sumara el tributo de la tarea creadora de nuestros poetas en esta antología viva que comprende representativos de las últimas generaciones literarias, desde Enrique Peña Barrenechea, ganador de los Juegos Florales Universitarios de 1924, con su libro "El aroma en la sombra", hasta Alberto Escobar, reciente Premio Nacional de Poesía. La limitación del tiempo y la ausencia de algunos de nuestros jóvenes poetas hacen fragmentaria esta primera presentación : las omisiones serán salvadas en el "Archivo de la Palabra" que está grabando el Seminario de la Facultad de Letras, con el propósito de ampliar el designio del homenaje de hoy. En este "Archivo"

recogeremos la voz de todos nuestros poetas, para reproducir sus composiciones cuando fuere necesario como materia de estudio en clase, para ilustrar conferencias o simplemente por el puro goce de la intuición poética.

"Hay dos maneras impropias de enfrentarse a la verdadera poesía —ha dicho Pfeiffer— o comprendiéndola sólo a base del contenido o comprendiéndola únicamente por la forma. Hay a su vez tres modos de leer la poesía sólo por su contenido: uno es cuando la leemos para nuestra distracción y entretenimiento, para llenar las pausas de la existencia y liberarnos de la insípida o amarga realidad de la vida cotidiana; otro es cuando buscamos en ella experiencias, cuando queremos participar de posibilidades y tensiones de la vida; y el otro, por fin, cuando buscamos el núcleo de ideas que suponemos escondido en el fondo de la poesía. En el primero de los casos, la poesía se hace relleno de horas vacías; en el segundo, sustituto de la vida; en el tercero, filosofía distraída. En cada caso, la forma se convierte en algo accesorio y adicional. A la comprensión que busca sólo el contenido se opone consciente y expresamente la comprensión fundada sólo en la forma. La poesía se convierte entonces en un reino de valiosas creaciones verbales, que se saborean de acuerdo con su perfección artística. Esta actitud del conocedor literario es tan poco adecuada a la poesía original como puede serlo la actitud del diletante ansioso de excitaciones, hambriento de vida o sediento de ideas. La lucha por un trato honrado y veraz con la poesía es una lucha contra el esteticismo y el diletantismo a la vez. La poesía "original" se da únicamente cuando hasta lo "más exterior" tiene una significación interna, y cuando hasta lo "más íntimo" se convierte en forma".

El lenguaje, herramienta común de la expresión de los hombres, resulta así utilizado por cada hombre con determinados matices que le son privativos y que van de lo puramente fonético hasta ese reino misterioso de la semántica individual en el que hay que buscar la palabra esencial que late debajo de cada palabra. Por eso Paul Valéry ha podido definir a la poesía como un lenguaje dentro del lenguaje. Y aunque resulta cierto, al menos en la experiencia poética, el principio biológico de que la ontogenia reproduce a la filogenia, también hay que considerar en la ontogenia literaria los factores originales de contenido y forma que aporta a la obra cada escritor y que constituyen la impronta de su personalidad. Bellamente ha expresado Vicente Aleixandre esta idea: "Todos los poetas han hecho acaso lo mismo, como todos los hombres vivir, amar, sufrir, soñar, morir. ¿Qué poeta, ni el más alto, no podrá ser reducido a unidad con la masa de las generaciones?, porque, en último término, ¿qué son los poetas sino súbitos agolpamientos de un latido instantáneo en ese mismo único cuerpo continuo que infatigablemente pervive?. Pero humildísimamente cada poeta pone su diferenciada individualidad, y en los sucesivos estados posibles de los hombres ellos expresan lo común y lo individual, como cada hombre, al vivir su vida, está viviendo la vida de un hombre, pero también la vida del hombre".

No es el momento de trazar un cuadro de conjunto de la poesía peruana de los últimos años, ni de someter a la lupa del análisis crítico la producción de los autores aquí presentes. "Nada es tan ineficaz —ha dicho Rilke en sus Cartas a un joven poeta— como abordar una obra de arte con las palabras de la crítica: de ello siempre resultan equívocos más o menos felices. Las cosas no son tan comprensibles y descriptibles como general-

mente se nos quiere hacer creer. La mayor parte de los acontecimientos se consuman en un ámbito en el que jamás ha penetrado palabra alguna, y más indecibles que todo, son las obras de arte, existencias misteriosas cuya vida perdura, al contrario de la nuestra, que pasa". No interpongamos, pues, por más tiempo, la palabra de la crítica entre nosotros y la expresión operante de la poesía leída por sus propios autores.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Enrique Peña Barrenechea

DE "ZONA DE ANGUSTIA"

Nunca visteis mayor alegría en rostro humano, verdad?

Un rostro al que circundara una extraña luz.
Resplandezco de felicidad. Soy todo de oro como esos
íconos orientales y siento que me nacen miles de brazos
para estrechar al mundo, porque mi júbilo no halla otra forma de
expresar su delirio.

¡Cómo, Dios mío, una sonrisa puede penetrar tan imperceptiblemente
en la vida!

Es una sonrisa que ha brotado de una rama invisible del
aire como una rosa a la altura de mi corazón. ...

entona el himno de luz de las más altas cimas.

Yo era el mendigo en su cueva y he aquí que, de repente,
ponen en mi diestra un cetro de oro

Era el prisionero y un ángel abre las rejas de mi celda
y me conduce a una barca de oro.

Era el niño robado para un circo, ovillado de miedo en el
silencio con los ojos inmensos, y, de improviso, encuentro
a mis hermanos en un paisaje de oro.

Vais a quedar cegados si insistís en mirarme.

Soy un gigante. Soy un ola que crece. Soy una montaña blanca.
¡Y todo tiene en mi vida una extraña e inusitado fulgor!

CAMINO DEL HOMBRE.

*Yo no podía saber
si era tu cielo o el mío ,
si era mi sueño o tu sueño ,
mi delirio o tu delirio.*

*Sobre el agua una luz triste
era a modo de un camino
y sobre la luz un barco
y sobre el barco un destino.*

*Jardín del aire, jardín
iluminado y sombrío
lluvia azul que del paisaje
era así como su espíritu.*

*Yo no podía saber ,
si el mar era el mar, si digo
que era el mar, el mar no era
y si no era, era el mar mismo.*

*¿Cuánto tiempo estuvo el sueño
de otro sueño suspendido?
Azucenita del aire,
lámpara sobre el abismo.*

*Yo no podía saber
si era tu cielo o el mío,
Hombre que elige su ruta
tiene que andar su camino.*

Augusto Tamayo Vargas

EL MORIR

I

¡Qué rehuyente camino umbroso
de noctívagas alas,
discurriendo del pensamiento al pulso,
de la pasión a la serena oquedad donde duermen los astros!

Persistente rumor de oscuridades,
eco de soledad,
caer de atardeceres,
respuesta de destrucción,
río de negro cauce, «sobre mano de luz en el vacío»

Fué un destruir de estrellas de sonrosado dorso.
Un esguince fantasma del mundo hecho jirones.
Apenas si sobre el horizonte nació Dios.

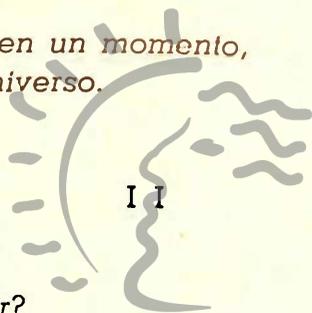
¿Qué furor hizo romper el mar en surcos de agua
y hasta donde creció el impulso de su brazo?
¿Qué divina amargura trazó las diagonales de la angustia?

¿Qué ayuntamientos rotos prendieron las fogatas
dónde quemó la piedra su pasión por el aire?
¿Cómo se hizo hombre la tristeza; y el hombre nube;
y el corazón fué saltando de gusano a montaña;
de tronco de árbol a caballo y a viento;
de falanges y tórax a pedazo de estrella?

*¿Cómo se hizo polvo el tímpano;
y cayó en pozo de sangre la lejanía;
y rodaron, sobre transidos recuerdos, los gorriones
y el plumón suave y multicolor del día?*

*Fueron royéndose los pasos y las curvas del monte,
y las aristas del pensamiento y el letanar del agua.
En espumoso fondo creció el suspiro
y escarbaron raíces los huesos de los cóndores;
hilachas de moluscos, entorpecidas venas, nublados de semillas,
y persistente, cruel, trancos los espirales de la tierra,
línea corriendo abrupta.*

*La destrucción y el amor, en un momento,
rondando en silencio el universo.*



*¿Dónde no te has de hallar?
Si vienes como despeñándote
— campana y piedra gris sobre montañas rotas —
desde la virgen alba de la nada
hasta el rumor furtivo, omnipresente,
con que despierta desde el musgo, el niño.*

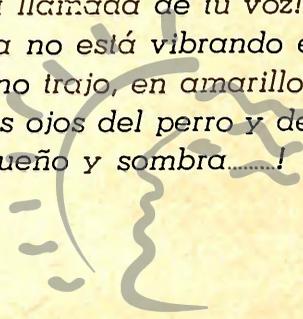
*¿Acaso no estás aquí, rodeada de tormentas
y vestida de luna, en los eclipses?
En las rosas, un pájaro de viento.
Umbra de atardecer en las mañanas,
eres un apretado nudo de náufragos deseos.*

*Secos los crisantemos y caídos los músculos,
austral y doloroso nacer en tentación de abismos
¿por qué te rehusamos?
si el espiral gigante de tus entrañas blancas
está colmando siempre los anhelos del tiempo.*

*Corrimos juntos con tu nombre pegado a nuestra espalda
y tu aletear sangrante creció con lúgubre urdimbre en los oídos.
Tu cóncava figura fué tibio nidos de penas y de enfermas gaviotas;
y un día nos encontramos encerrados en tí.*

*Tuyo era el pretérito alargado y fluente.
Tuyo el eterno canto de mil árboles rubios,
de la brisa agorera y del mar que te busca;
de todos los amores, que están en brazo y labio.
Tuyo el verdear de un mundo y otro.
Tuyo el trigo y la hoz.*

*¡Qué zarpazo no trae tu presencia!
¡Qué angustia no es una llamada de tu voz!
¡Qué oscurecer de piedra no está vibrando en tu sonido!
¡Qué llegar de la noche no trajo, en amarillo lecho, estertor de clarines!
¡Cómo no retratarte en los ojos del perro y de la llama;
cómo no adivinarte en sueño y sombra.....!*



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

José Alfredo Hernández

LA FLOR DE LA TARDE

Flor de luz la que no pare
flor de sueño, la que nace
la que piensa y se sonroja
la flor de Lot, inacabada.

Flor de lágrimas, inexplorada
cresta muriente del sol
desperilada,
quieta de morir quietud
flor de lis, exacta amada!

Flor de viento, alborotada
luz de luces, cenitales
voz del triste sin metales
voz de mí voz, atormentada.

Gemido, ¡ay! de esta flor inaparente;
gemido, ¡ay! del moribundo
en este ensueño—insomnio transparente—
del corazón exangüe y gemebundo.

QUE EL TIEMPO

Que el tiempo ponga a mi tormento,
el tajo de la muerte predecida,
y que si alguna vez mi corazón
gira y se olvida,
en otro otero del amor prosaico
me vea en vida, cercado por la muerte.

Que sea, ésta, agónica manera;
que sea castigo y penitencia,
rubro de luz, inanimada idea
de Dios, escondido en el Olivo;

Que sea senda, valle, aireado puente;
que sea por eterno, dominio de la suerte
y áximo pan, para mí, tu olvido.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Juan Ríos

*MARCHA FÚNEBRE PARA LOS MUERTOS
DE LA GUERRA*

*Llanuras del Occidental
Emponzoñada marisma
de Oceanía
Campos del Extremo-Oriente,
en donde la muerte misma
se moría!*

*Estepas del rojo Nortol
Arenales del Sahara!*

*Oh matanza
por la vida! Oh soporte
del futuro que forjara
la esperanza!*

*Infierno de los guerreros,
oh delirante laguna
sumergida!
Oh charcos de los luceros!
Oh cráteres de la luna
sin medida!*

*Herrumbre de las estrellas,
tercas armas taciturnas!
Cantimploras
que la sed hiciera bellas,
cuando alumbraban nocturnos
las auroras!*

Defensores de la vida,
que la libertad armara
de armonía!
Inmortal, profunda herida
para que el Hombre matara
su agonía!

Oh guerreros del amor
ante los que el odio yace
derrotado!
Vencedores del rencor
por quienes el trigo nace
enamorado!

Jardineros en el cieno,
hortelanos de granadas
ofensivas,
bebiendo horror en el seno
de las bruscas madrugadas
explosivas!

Estatuas vivas del viento,
efímeros asomados
a lo eterno;
humanos en el violento
resplandor de los tornados
del Infierno!

Como sacos de patatas,
cansados, indiferentes,
al dormir
en el fango entre las ratas;
fueron ángeles dementes
al herir!

Uniformados de gris,
tal como el planeta inerte
que defienden,

hacen ellos el país
de la vida, con la muerte
que pretenden!

Oliendo a seco sudor,
aguas pútridas y lodo
mal dormido;
oliendo a sueño y dolor;
oliendo tristes a todo
lo sufrido!

Coronada la cabeza
de ambulantes, grises piojos;
mal vestida
con harapos su grandezas
son los triunfales despojos
de la vida!

Humildes hijos del pan,
protectores del pequeño
ruiseñor
por vuestra muerte serán
altas las mieses; y ensueño,
todo amor!

Ved, absortos campesinos
con las duras herramientas
de matar
fueron surcos los caminos
en las faenas sangrientas
del sembrar!

El alba gime en los yertos
horizontes por la guerra
malheridos;
mas vosotros no sois muertos
porque estáis bajo la tierra
bien dormidos!

*No os disolvéis en el viento,
no soportéis en la neblina
ni en la altura;
os hacéis planeta lento,
os tornáis latente mina
y espesura!*

*Brotará, desde el dolor,
luminosa la alegría
renacida;
volveráse el odio: amor;
y nuestra misma agonía
será vida!*



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Blanca Varela

LA CIUDAD

*La ciudad oprimida por los pájaros,
por su corazón de campana ardiente,
por su corazón agitado como peces sobre espejos de oro,
respira como un árbol frente a la tempestad,
como un niño que arroja piedras para detener al viento,
con su boca de isla abandonada,
con su boca de doncella enardecida por el sol.*

*La ciudad enorme se agita como un bosque incendiado;
inclinada donde el día se desvanece
donde el rayo penetra tiernamente en los flores
y consagra sus manos sonoras al amor,
fluye como el cielo en las ramas huecas
y tiembla en los ojos que recogen la pura bebida del otoño.*

LOS PASOS

*Y este, ¿hacia dónde? Tan seco y tan distante
que me detengo para oírlo volver a mi cuerpo.
Para sentir entrar la sangre que arrojaba
al avanzar en círculos donde estuve parado,
inmensamente triste con mis cosas,
tan próximo a la jaula donde chilla mi papagayo rojo,
mi hermoso cinturón del norte (de Piura
o de Chiclayo, no recuerdo).*

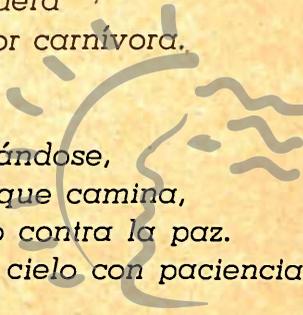
Cuando niño dí muchos, aquellos cuentan hasta morir,
los más puros y crueles.

Aquel hacia la mraiposa o hacia el gato
que murió al poco tiempo. "

O aquel hacia la madre, para llorar sobre su oscura falda sin olores,
sobre su vientre que amo todavía como mi casa,
pecera, nido sombrío y fresco.

Hay otros. Cada uno de ellos da dolor.
De sed aquel que lleva al agua,
y el del amor es hueco, desdentado,
alimento pesado que me arroja en el más negro llanto,
en extrañas posturas de mono,
riendo de los dientes afuera
con la risa como una flor carnívora.

Pero todos los pasos
juntos, amándose y matándose,
suman; son un hombre que camina,
un peligroso instrumento contra la paz.
Unidos pueden mirar al cielo con paciencia.



Biblioteca de Letras
«Jorge PUERTO SUPE»

Está mi infancia en esta costa,
bajo el cielo tan alto,
cielo como ninguno, cielo, sombra veloz,
nubes de espanto, oscuro torbellino de alas,
azules casas en el horizonte.
Junto a la gran morada sin ventanas,
junto a las vacas ciegas,
junto al turbio licor y al pájaro carnívoro.
¡Oh mar de todos los días,
mar montaña, boca lluviosa de la costa fría!
Allí destruyo con brillantes piedras
la casa de mis padres,
allí destruyo la jaula de las aves pequeñas,

destapo las botellas y un humo negro escapa
y tiñe tiernamente el aire y los jardines.
Están mis horas junto al río seco.
entre el polvo y sus hojas palpitantes,
en los ojos ardientes de esta tierra
a donde lanza el mar su blanco dardo.
Una sola estación, un mismo tiempo
de chorreantes dedos y aliento de pescado.
Toda una larga noche entre la arena
Amo la costa, este espejo muerto
en donde el aire gira como loco,
esa ola de fuego que arrasa nocturnos corredores,
círculos de sombra y cristales perfectos.

Aquí en la costa escalo un negro pozo,
Voy de la noche hacia la noche honda,
Voy hacia el viento que recorre ciego
Pupilas luminosas y vacías.
O habito el interior de un fruto muerto,
Esa asfixiante seda, ese pesado espacio
Poblado de agua y pálidas corolas.

En esta costa soy el que despierta
Entre el follaje de alas pardas,
El que ocupa esa rama vacía,
El que no quiere ver la noche. ,
Aquí en la costa tengo raíces,
Manos imperfectas,
Un lecho ardiente en donde lloro a solas.

Wáshington Delgado

ELEGIA

(A Pedro Salinas).

*Ahora sí, qué lentitud estricta,
qué calma sin números, qué gran silencio
para tu voz reunida,
que existencia sin apoyo en la clara
esbeltez de la ausencia.*

*Ya nada te despoja de la pura palabra
en que vivías. Ya no hay más mundo que ése
de tu voz sin tus labios. No nieva. Ningún paisaje moja
tus ojos apagados. Ninguna brisa bebe
tu sonrisa cerrada. Todo es río en tu muerte.
Todo es espuma para el sueño y lentitud de cielo
besado por tu sombra.*

*En riberas soñadas estarás persiguiendo
la sangre de las sombras, el perfil de la ausencia,
señalando las ruinas inmóviles del alba
con una voz antigua cubierta de cenizas.*

*Pero ya todo es orden, párpado persistente,
forma escueta del viento que te aleja sin término,
todo es florecimiento del naufragio y pasión de la niebla,
en tu lengua inundada, en tu pupila quieta que nada precipita.*

*Un orden mineral devora los sucesos,
violado para siempre el perfume secreto
de los besos profundos, acabadas las huellas del amor
o su ausencia, después de tanto retoñar en el ansia.
Después de tantos cielos sometidos, en calma,
de tantos oídos silenciosos, de mucha voz inerme,
qué sembrador oscuro te estará descubriendo,
arando en el vacío más levemente tuyo
te encontrará qué nuevo corazón, sin prisa, con latido,
y qué ojos nuevos para limar las sombras,
para hallar en las sombras otras sombras intactas,
Desprevenidas y sin peso. Sin peso, como tú.*



*Tibios azogues goteaban sobre el alba
mientras yo te negaba. Mientras yo te negaba
equivocando sueños, iluminada muerte
caía de tus párpados.
Con violetas y humo te entregabas oscura
y el silencio violaba tu leve sacrificio.
No te ví. No te vieron los ojos
del amor que perdías.
Qué espejos contruídos bajo la noche estricta
han velado tus gestos de papel y de pluma,
qué noche contruída paralela a mis ojos
te cubre de cenizas.
No hay nada sino un árbol y su sombra encendida.
No hay nada sino un río encadenado al sueño.
Hay de pronto la herencia de ese país secreto
que en tus ojos yacía y que tarde conozco.
Tarde conozco todo lo que huía contigo.*

Francisco Bendezú

POEMA

Te adivino mientras crece entre la hierba la lámpara del miedo
A la hora de los ciegos iracundos y del anillo de plomo olvidado en un
(peldaño

Mientras el ratón de goma roe el quicio de mi puerta y el pie paralizado
Te hablo desde lejos al otro lado del mar
Cuando suben a tu sueño los vapores de la noche y el buscador de perlas
Te escribo mis cartas en relieve
Mis cartas escritas en la nube de papiro blanco
Mis cartas de algodón incendiado

Eres la esclava de corazón de azogue
Eres la loca que se mira en el espejo y llora
Eres la golondrina aterida con escarcha en las pestañas
Eres la niña de madera mojada en el sudor de los hervores
Eres la muerta que huye dando gritos
Espantada del crujido de las barcas y de la rotura del agua
Espantada de la brasa que quema la venda de tus ojos

Marchas entre rieles imantados para el rodar de la moneda
Marchas hacia los jirones de noche perdidos en las zarzas
En busca de la paloma herida
En busca de tu lengua de puente entre dos abismos

Quiero pronto los buques para cargar mi sangre
Quiero pronto la estatua para graduar su sueño
Quiero ver a la tarde labrar sus lingotes de oro

PRADERA PERPETUA

He visto a las mujeres perder su cuerpo en la resaca sin poder recuperarlo
ya jamás

he visto a las estatuas morir acribilladas por la nieve

de tantas que han pasado a mi lado sólo una ha puesto en pendiente los
campos del estío los grandes tejados de vidrio centelleante

el ala de vidrio que introducida en la fuente separa al día de la noche

donde los reflejos del incendio irisan mi corazón

aquella que pone signos de verdor en el fondo de los ríos la hija de la
arena movediza

la hija de la noche con un anillo de luz en torno de tu talle en medio de
los maravillosos nenúfares del cielo

la hija del automatismo de las olas inclinada al borde de un lecho en el
que ha grabado los dedos de sus pies

aquellos sueños de tapices de heno y raíces de vapor

aquel hombre que por Lima y sus afueras lleva a cuestras el ciprés negro
del sueño a quien un vaivén de lámpara ha quitado todo

entre redes de nácar Albertina sobre las falsas gradas de dos pisos
trasmudados por la tormenta

y los livianos nidos de viruta donde anidan las alondras en la dura noche
de sueños en relieve

Leopoldo Chariarse

LA CIENAGA

*Amada del invierno,
lágrima sepultada a la vera de un estanque
o, entre los juncos, ávida pupila
de sangre y musgo, reflejas el cielo,
aprisionas los astros como una enredadera.
¿Qué misterio apresuras, qué población de aves despierta tu boca
del fondo del légamo, allí donde tiembles
como una fugitiva gacela entre el follaje?
Húmeda, silenciosa, como un huerto al crepúsculo,
herida de extrañas renunciaciones,
alumbrada de aromas antiguos,
frecuentada para siempre por la tristeza,
ya sin rostro, te miras en la fría floresta,
te adormeces apenas, al roce de la bruma
y oyes tu voz a lo lejos, que estremece a los muertos,
que derrama su espanto en las noches, perdidos en el tormentoso
(oleaje del bosque.
Poblada de espadañas, olvidada para siempre del sol .
¿quién beberá la lumbre de tus orillas, quién te sabrá la fe de agua viva?
A tus aguas marchitas, a tus cabellos donde respira la muerte
¿no oyes cómo mis pasos ansiosamente se acercan
en las noches de lluvia, cuando la luna se agita entre tus telarañas
y tú extiendes los brazos?*

EVA

"Y llamó el hombre el nombre de su mujer, Eva: por cuanto ella era madre de todos los vivientes".
(Génesis—Cap. 3—Vers. XX).

Porque los restos amargos de antiguos caminantes todavía te sonrojan
así te inclinas y tus manos son la lluvia, la abundancia
del tiempo cuyos frutos eternamente das al hombre.
Tu mirada es piedad en las humildes fogatas apartadas
y el niño en los suburbios sabe reír cuando amaneces: tú eres fiel.
Aun destruída, te muestras y sostienes tu espacio, tu certeza;
de amargura y hojarasca te saben cargada las corrientes:
estás sola. En medio del bosque tus entrañas se levantan
y la tierra se cubre de tu antiguo terror cuando floreces.
Santamente, te entregas a la acción de los hombres, sin llorar;
pues aunque sean ellos siempre iguales
tú en cada uno sientes que es distinto el dolor que a ti te hiere
Y descubres que todos, tal los años, son el mismo.
Siempre el mismo: tu ceniza renovada en cada huerto, en cada estancia;
siempre tú, solitaria y tus frutos siempre inútiles.
Empero, todo esto piadosamente tú lo ignoras
cuando, cubierta por hostiles fantasmas, tu pensamiento es una higuera
lejana, cuyos brazos se tienden extrañamente generosos.
En tu seno marchito los muertos se levantan del humus y son niños
que, esta vez sin maldad, te desgarran y te absorben, insaciables.
Mas el viento es tu muerte: él te libera. Sin embargo,
tú amas lo fugaz, la estación que te cubre de guirnaldas y perece.
Y lloras a los tuyos que son desarraigados
y en su sitio abres tumbas, y guardas sus objetos
como queriendo retener perdurablemente su contacto.
Y es en vano: lo sabes, y cada año reverdeces
y olvidas brevemente porque otros vienen en tu busca.
Que el canto refllorece con otras notas y otras voces
cuando vuelves, sombríamente hermosa otra vez, hacia el amor.

LA HIJA DEL HOMBRE

Tu cabeza circundada de mares y relámpagos,
las manos juntas, los labios crepitantes
del tardío follaje, las nubes .
con ramas que sostenían el cielo en la mirada;
de las turbias batallas los ríos abiertos,
tu sangre por plazas musgosas,
desiertos alcores donde la luna brotaba
bajo claustros de hierba
donde tu cuerpo apenas sería el peso de la lluvia,
su contacto fragante, la prisa que guardan
los objetos dormidos al fondo del armario;
tu rostro mojado y riente,
tus manos en el cerco florido
bordeando la arena, las sucias paredes
donde tu cabellera respira y se ahoga.

Alguien derrama tu voz por las alamedas
o, en mal alumbradas galerías, fingiendo tus pasos
muestra residuos de harapos cual tuyos.

¿En qué sordas callejas olvidas tu rostro
al lado de un niño, o ante una pequeña ventana
reteniendo el crepúsculo que huye de las casas?
viendo, por sobre el húmedo muladar de los tejados
las aldeas en llamas, las campiñas arrasadas,
o ante aquel río aciago,
lavando ropas ajenas, bebiendo aire ajeno,
adivinabas tu sombra a lo lejos
cómo abría llanuras de astros estallantes
en las cuencas vacías, tranquilos establos
con portones de yedra, sobre los huesos vejados.

Alberto Escobar

HONDURA DEL TIEMPO

Para cuando esto llegue al fin que los dos previmos
para cuando haya sucedido,
escribo este poema que tú ya lo conoces

Pero qué importa lo que escuche ese día
si hoy a mi lado has dicho más,
más de lo que entonces podremos recordar.
De tanto, y de este juego que empezó en tu mirada,
y que aún no adivino cuándo aparecerá
definitivamente, al margen de la estancia
que devora los maíces del sueño.

Para entendernos bastó cernir un poco el aire,
bastó recoger las luciérnagas del valle de tu miedo
y el cristal que se cimbra a tus pies,
al refugiarse la noche de espaldas a nosotros;
también, acariciarle el rostro a aquella niña
que siempre sonreía,
concluir el enojo del parque
y tocar el arroyo del árbol que nos miraba tanto.

Al irnos pensé que ninguna enredadera
es capaz de estrangular su propia estrofa;
que es inútil, pensé, mirar el calendario
después de ver el brillo de tus ojos,
que bien vale saber por qué renuncia el día
a su luz interminable,
y por qué, aun ida tú, nos queda claridad
tras de tus pasos, que amurrallan mi pecho
como a un tambor extraño
descubierto en la magia de los alucinados.

Para cuando esto vaya al fin, sigue sin fecha

CITA A LOS VOLUNTARIOS DEL ALBA

Yo os envío desde aquí, guerrilleros de un mundo ultramarino y diferente,
la palabra que escuché en el rostro de las montañas
y en las fábricas. La palabra concentrada en los sudores minerales de los hombres de esta tierra,
en la entraña de sus árboles,
en la sangre de sus frutos maltratados,
en el amarillo y en el rojo. Y en todos los colores de la anemia solar que nos confunde aves y peces.

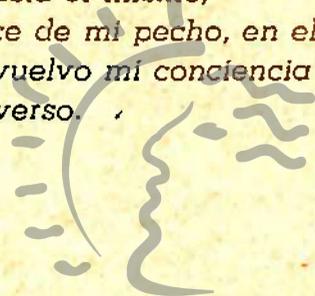
Cuando llegan los hombres vacíos de trabajo
y cubiertos de pena, cuando las madres juegan
contando nueve lunas para alumbrar miseria;
cuando lo mismo importa ser así, o cualquier otro,
temo a la noche y a los sueños frustrados,
y pienso en el nombre de cada uno de vosotros,
en la vida que dejáis para otros la tomen,
y entonces mi gratitud se ensancha milenaria
y, realmente, no sé cómo cantaros.

Canto a los que se van y no a los que regresen,
canto a los que dejaron una cadena rota
y el llanto de las madres que quisieron seguirlos;
canto a las lágrimas que se hicieron granadas,
y a las novias que sintieron el frío hacia afuera cuando
la mano del hombre les dijo adiós sobre los muslos.
Y a los niños, y mucamas, y a los jardineros,
y al estudiante pobre que ya no surirá hambre
ni proesores pálidos.
Y a los ríos, y al mar, y a los elementos naturales.

Yo os envío desde aquí, mi palabra y mi brazo
—por el correo de los ríos subterráneos,
por las ondas magnéticas de los girasoles,
por encomienda en sobre de aerolito—,
guerrilleros del mundo,

*para inventar los nombres nuevos que llevarán las cosas,
y derribar con ellos el último rezago que nos ata a la pena,
y pregonar que el hombre no necesita la libertad, cuando la
tiene, porque la ley de la gravitación fué error en el
cálculo de un alumno atrasado,
y porque os habéis convertido en el farol del universo
y en el corazón de los océanos.*

*Junto al trigo de las manos arañadas,
junto a la tierra virgen, roída y ultrajada,
a la caña que se nutre en el mediodía de los vientos manzanos,
y al fuego estéril que no fecundará el deshielo
de nuestras cordilleras, ni el peiróleo.
Desde el Pacífico hasta el mismo,
pasando por el cruce de mi pecho, en el archipiélago austral
de la esperanza, revuelvo mi conciencia y os proclamo
la alborada del universo.*



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Lola Thorne

CUENTOS PARA PUCK

II

Llegó a tener el alma de un niño adormecido
en ese canto infinito de mañana
el mar de pulmón y de branquia romántica
dejó su caricia y su historia empezada
un momento perenne
y en el día tu búsqueda
por un tono de azul y de violeta
Tu delicia de amor inconcluso

Tu ausencia.

Biblioteca de Letras «Jorge Puccinelli Converso»

A través de tu cuento de colores
ha llegado tu barca
el azul del tiempo que ilumina
a gaviotas y a nauias
No me cuentes de tu ausencia lejana
gnomo amado
Tu sonrisa hace mutis
por los parques pausados

y las tardes.

V

Porque yo siento al mar y me palpita
me he llenado de él en tu presencia
De pinos y de barcas a distancia

tu sonrisa marina se dilata
Porque el mar en contorno está llorando
el ala corta que lo toca a veces ,
yo te amo
y te amo a tí sobre las cosas
finitas e infinitas de la playa.

XVIII

Fuí a beber un poco de horizonte
al mar ampliado de azul
y entre las rocas

tú

gaviotas, barcas, pescados
y otra vez tú
de Príncipe encantado sin notario
el mástil ansioso de tu vela
Reverbera el agua salada de la tarde
y otra vez entre las rocas

tú.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»